

VIII

El departamento de las calderas.

¿Cómo se explica que días tan largos, tan duros, tan llenos de ocupaciones, consigan formar años tan cortos?

Dos años, ya hace dos años que se casó Zenaida y que fué Jack el héroe de una terrible aventura. ¿Qué se ha hecho durante esos dos años? Ha trabajado, sufrido, seguido paso tras paso el camino que lleva al aprendiz al conocimiento del oficio y á la paga del obrero. Ha pasado del torno á la elaboración del hierro. Primero le hicieron forjar con máquina, luego con martillo. Sus manos han adquirido callos, y su inteligencia también. Por la noche cae rendido en la cama, pues no es fuerte; duerme de un tirón, y al día siguiente recomienza una existencia sin ilusiones, sin distracción. Le horroriza la taberna desde el famoso via-

je de Nantes. La casa de los Roudic está triste. Mangin y su mujer se han instalado en el Pouliguen, en la costa, y toda la casa parece vacía desde que se marchó aquella muchachota, así como su cuarto pareció quedar vacío desde el día en que mandó quitar su armario, el gran armario del equipo.

La señora de Roudic ya no sale; permanece sentada en un rincón, al lado de la ventana, cuyo visillo está siempre echado, pues ya no espera á nadie ahora; arrastra una existencia indiferente, automática, dejando la vida marcharse, como la sangre, por una herida abierta. Sólo el señor Roudic conserva la serenidad de su conciencia feliz. Sus ojillos tan listos, tan agudos, han conservado la viveza de su mirada, que forma extraño contraste con su alma cándida, ciega y crédula, para la cual el mal no existe.

Ni un acontecimiento en la vida de Jack. El último invierno fué muy rudo; el Loira ha hecho muchos destrozos, invadiendo casi toda la isla, parte de la cual permaneció cuatro meses debajo del agua. Han trabajado los obreros en la humedad, respirando niebla y miasmas de los pantanos. Jack ha tosido mucho, y la fiebre le ha tenido clavado en la enfermería; pero esos no son acontecimientos. De tarde en tarde, alguna carta de Etiolles, muy tierna cuando escribía su madre, en secreto; autoritaria y fría cuando dictaba el poeta. Los actos más insignificantes de D'Argenton ocupaban lugar preferente en las cartas de su paciente víctima. Así es como supo Jack que "La Hija de Fausto," ya terminada y leída á los artistas del teatro francés, habían tenido la desverguenza de rechazarla aquellos trastos, por unanimidad, lo cual les mereció una palabra cruel

por parte de D'Argenton. Otra gran noticia: la reconciliación con los Moronval, admitidos ya á la mesa de "Parva Dumus," á donde llevaban los domingos muchachillos exóticos de todos colores, que asustaban mucho á la señora Archambauld.

Moronval, Madú, el Gimnasio: ¡qué lejos estaba todo eso! Más largo que la distancia entre Indret y el pasaje de las Doce Casas; más largo que los años transcurridos entre aquel pasado fantástico y este presente tan lúgubre. El Jack de aquel tiempo hacía el efecto de un Jack de una raza superiormente más fina, que nada había transmitido de su cabellera rubia, de su piel rosada y fina á aquel muchacho alto, curtido, desgarbado, con pómulos rojos, encorvada la espalda, altos y delgados los hombros bajo su blusa.

Así es como se hallaban justificadas las palabras del señor Rivals: "Las grandes separaciones las motivan las diferencias sociales."

Otro triste recuerdo para Jack: esos Rivals. A pesar de las observaciones de D'Argenton, ha conservado en su corazón infinito agradecimiento hacia aquel excelente hombre, tierna amistad por Cecilia, y todos los años, el primero de Enero, les escribe una larga carta. Pues bien: ya van dos veces que quedan sus cartas sin contestación. ¿Por qué? ¿Qué ha podido hacerles también á esos?

Sólo un pensamiento sostiene á nuestro amigo Jack en medio de los chascos de su triste existencia: "Gana tu vida. . . tu madre te necesitará." Pero ¡ay!, los salarios están en proporción del trabajo y no en relación con la voluntad del obrero. Querer, no es nada; lo que hace falta es poder y Jack no puede. A pesar de las

predicciones de Labassindre, nunca valdrá dos cuartos en su oficio. No tiene el dón. Y ahora, con diecisiete años, habiendo acabado su aprendizaje, apenas si consigue ganar tres francos diarios. Con esos tres francos tiene que pagar su cuarto, mantenerse, vestirse, es decir, comprarse otro traje cuando esté ya demasiado roto el que lleva puesto. ¡Valiente oficio le han puesto entre las manos! ¿Y cómo se las arreglaría si le escribiera su madre: "Llego... voy á vivir contigo?..."

—Mira, nene, dice el señor Roudic, quien ha conservado al aprendiz ese apellido de "nene," aunque Jack le lleva toda la cabeza; tus padres han hecho mal en no escucharme; eso no es lo que te conviene. Nunca sentirás la lima, y nos veremos obligados á dejarte siempre en los trabajos groseros, en donde no consigue uno ganarse la vida. En tu lugar, yo, preferiría rodar por el mundo y buscar fortuna por un lado y por otro... Mira, el otro día entró en el taller de ajuste Blanchet, el maquinista jefe del "Cydnus," y viene en busca de fogoneros. Si el departamento de las calderas no te asusta, podrías probar. Ganarías tus seis francos diarios, dando la vuelta al mundo, con casa, comida y lumbre... ¡Eso sí, lo que es como lumbre... de firme! El oficio es rudo, pero no se muere uno; yo lo practiqué durante dos años, y aquí estoy. Vamos á ver: ¿quieres que le escriba á Blanchet?

—Sí, señor Roudic... Prefiero eso.

La idea de tener doble sueldo, ver otras tierras, esa afición á los viajes heredada desde su infancia, historias de Madú, campañas de la "Bayonesa," contadas por el señor Rivals, razones fueron todas que acabaron de decidir á Jack á que emprendiese el oficio de fogonero;

oficio adoptado por todos los malos obreros del hierro, por todos los inútiles del martillo y del yunque, y que sólo pide vigor y una gran resistencia.

Salió de Indret una mañana de Julio, cuatro años justos después de su llegada.

¡Qué tiempo tan hermoso también aquel día!

Desde el puente del barquito, en el que estaba Jack de pie junto al señor Roudic, quien había querido acompañarle, el espectáculo era grandioso. La ría se ensanchaba á cada movimiento de rueda, separando, ahuyentando sus ribazos con toda su fuerza, como para aumentar el trecho de su embocadura en el mar. El aire se hacía más vivo, los árboles se achicaban, hundíanse las dos orillas, alejándose una de otra en una perspectiva desarrollada, al parecer, por el viento que soplabá de cara. De trecho en trecho, estanques brillaban en el interior de las tierras, humaredas subían en la atmósfera, miles de gaviotas rozaban la ría con su vuelo blanco, lanzando gritos de niño. Pero todo aquello desaparecía perdido en la aproximada inmensidad del Océano, que no sufre grandeza ninguna junto á la suya, como tampoco quiere vegetación alguna en la orilla de la esterilidad amarga de sus olas.

De repente el barco entró de un salto en el espacio. ¿Cómo definir de otra manera ese nuevo movimiento de toda su armazón, ese mecimiento que las olas, bañadas de luz deslumbradora, libres en gigantesca corriente aérea, parecían continuar de una ola á otra hasta el límite extremo del horizonte, hasta esa línea verdadera en que, reunidos cielo y agua, cierran el espacio á las ansiosas miradas?

Nunca había visto Jack el mar. Ese olor fresco y sa-

lado, esa ráfaga que de cada ola desprende la marea que sube, le inoculó en el corazón la embriaguez del viaje.

Allá, á la derecha, con esa disminución en sus techos que entre las rocas presentan los puertos de mar, avanzaba Saint-Nazaire hasta el agua, con su campanario, cual vigía en lo alto, y su muelle, continuando una calle hasta el mar. Entre las casas alzábanse mástiles, se cruzaban, mezclados desde lejos unos con otros, y tan juntos, que parecía que un vendaval los había echado en el puerto, como resguardo. Al aproximarse, todo se ensanchó, se separó, agrandándose.

Desembarcaron en el muelle. Allí les dijeron que el "Cydnus," gran transporte de la Compañía Transatlántica, salía aquel mismo día, dentro de dos ó tres horas, y que desde la víspera estaba ya en alta mar. Es el único medio que hasta ahora se ha hallado para que esté al completo la tripulación en el momento de marcharse, sin que tengan los gendarmes que ir recorriendo uno por uno todos los tugurios de Saint-Nazaire.

Jack y su acompañante no tenían, pues, tiempo suficiente par ver la ciudad, llena en aquel momento de la animación y del ruido de un día de mercado que se notaba hasta en el puerto. Todo el muelle estaba cubierto de verduras, de cestas de frutas, de gallinas atadas por parejas, moviendo las alas y piando en el suelo. Delante de su mercancía, labriegas y labriegos bretones, en fila, de pie y con los brazos colgando, esperaban tranquilos y mudos algún parroquiano. No se apresuraban, no molestaban al transeunte. En cambio, una ola de vendedores ambulantes, cargados de corbatas, portamonedas, alfileres y sortijas, circulaban ruidosamente, ofreciendo su mercancía. Marineros de todos los países, burguesi-

llas de Saint-Nazaire, mujeres de obreros ó de empleados de la Compañía, recorrían el mercado, en el que el cocinero del "Cydnus" acababa de recoger sus últimas provisiones. Por él supo Roudic que Blanchet estaba á bordo, y furioso por no estar allí todos sus fogoneros:

—Vamos ligeros, nene, que nos esperan ya.

Entraron en un barquito y atravesaron la dársena, cubierta de buques. Esto ya no era el puerto de Nantes, sureado por embarcaciones de todos tamaños. Sólo se veían aquí bultos enormes, y una especie de descanso, de inacción. Sólo algunos martillazos y el piar de algunas aves que embarcaban, rompía la monotonía de aquel silencio sonoro, cristalino, que se nota donde hay mucha agua. Los grandes transportes transatlánticos, colocados en hilera á lo largo del muelle, silenciosos y pesados, parecían echar un sueño entre dos travesías. Imponentes buques ingleses, llegados de Calcuta, ostentaban sus numerosos pisos de camarotes, su proa muy alta, sus sólidos flancos cubiertos de una nube de marineros que los estaban pintando. Pasaban entre aquellas montañas enormes en las que tomaba el agua el color sombrío de canal que atraviesa una ciudad, como en re espesas murallas, con cadenas, cuerdas que chorreaban agua al levantarse. Por fin, salieron del puerto y flanquearon el dique, en cuya punta esperaba ya el "Cydnus" la marea.

Un hombre bajo, seco y nervioso, en mangas de camisa y con tres galones de oro en su gorra, interpelló á Jack y á Roudic, cuya barca acababa de colocarse á lo largo del "steamer." Apenas si se oían sus palabras en ese tumulto de las últimas disposiciones que preceden á la marcha; pero sus gestos parecían elocuentes. Era

Planchet, el jefe maquinista, á quien llamaban sus subordinados "el Mocó." En cuanto paró algo el ruido de los bagajes que hundían en la cala, gritó con marcadísimo acento del Mediodía:

—¡Ya estáis llegando, pijota!. . . . ¡Ya me estaba oliendo que me ibais á dejar plantado!

—Es culpa mía, querido, dijo Roudic; quería acompañar al nene, y ayer no estaba yo libre.

—¡Pijota! ¡Pues es chiquitín tu nene! Nos veremos obligados á doblarlo en cuatro para que quepa en el cuarto de los fogoneros. . . . Vamos andando; bajemos pronto, que quiero instalarlo.

Tomaron por una escalerilla de cobre que formaba caracol, con estrecho pasamano; luego otra, sin pasamano, pendiente como un palo; luego otra, por fin otra.

Jack, que nunca había visto trasatlántico alguno, como él decía, estaba asombrado de la magnitud, de la profundidad de éste. Bajaban á un abismo en el que los ojos, acostumbrados á la gran claridad de fuera, no distinguían los seres ni los objetos. Era de noche allí: una noche de mina, alumbrada por lámparas colgadas, sin aire, con un calor sofocante y cada vez mayor. Una escalerilla, que bajaron á tientas, les llevó al departamento de las máquinas, verdadera estufa que un calor húmedo y pesado mezclado con un fuerte olor de aceite, llenaba de una atmósfera insoportable, de una neblina flotante por encima de la cual, tres ó cuatro pisos más arriba, aparecía en el recuadro de un tragaluz el azul del cielo.

Grande era la actividad que allí reinaba. Los maquinistas, los ayudas, los principiantes, iban, venían, pasaban revista general á la máquina, asegurándose de que

todas las piezas estaban cabales y funcionaban bien. Acababan de llenar las calderas, y ya bramaban con furia. El hierro, el cobre, otros metales, refregados con aceite hirviendo, relucían, deslumbraban; y la extrema limpieza de los aparatos les daba aspecto más feroz, como si aquellos agarradores, que abrasaban, aun tocándolos con manos forradas de estopa, aquellos émbolos incandescentes, todos aquellos utensilios que estaban removiendo con ganchos de hierro, hubiesen brillado con todo el fuego que absorbían. Jack miraba atentamente la formidable bestia. Otras había visto en Indret; pero ésta le parecía aun más terrible, sin duda porque sabía que se vería obligado á estar siempre á su lado, dándole comida noche y día. Por todas partes termómetros, manómetros, una brújula, el cuadrante telegráfico que transmite las órdenes, estaban alumbrados por grandes lámparas con reflectores. Al final del cuarto de las máquinas hundíase un pasillito muy estrecho, muy oscuro. "Aquí está el depósito del carbón. . . . dijo Blanchet enseñando un agujero abierto en la pared. Al lado de aquel agujero había otro, en el que una linterna alumbraba unas á modo de camas y ropas colgadas. Allí dormían los fogoneros. Estremeciése Jack. El dormitorio Moronval, la buhardilla de los Roudic, todos aquellos cuartitos de ocasión en los que había acariciado sus sueños de niño, eran palacios comparados con aquello.

—Y el departamento de las calderas, añadió "Mocó" empujando una puertecita.

Figúrense una larga cueva ardiendo: una calle de las catacumbas abrasada por el reflejo rojizo de unos diez hornos en plena combustión. Hombres casi desnudos, activando el fuego, removiendo los ceniceros,

agitábanse delante de aquellos hornos, que congestionaban sus caras, chorreando de sudor. En el cuarto de las máquinas se ahogaban; aquí se estaban abrasando.

—¡Aquí está nuestro hombre!... dijo Blanchet al jefe de los fogoneros, presentándole á Jack.

—Llega á tiempo, dijo el otro casi sin volverse; me falta gente para las escorias.

—¡Animo, nene!, dijo el Sr. Roudic dándole á su aprendiz un vigoroso apretón de manos.

Y Jack, en seguida, se puso á los desperdicios. Todos los desechos del carbón, que se amontonan en los ceniceros, son echados en cestos que los fogoneros van subiendo sobre cubierta para vaciarlos en el mar. Oficio muy duro; los cestos son pesados, las escaleras muy recias, sofocante la transición del aire puro al ahogo del abismo. Al tercer viaje sentía Jack que le flaqueaban las piernas. E incapaz de levantar siquiera su cesto, permanecía anonadado, lleno de un sudor que le impedía todo esfuerzo, cuando uno de los fogoneros, viéndole en tal estado, fué á coger en un rincón un gran frasco de aguardiente, y se lo presentó.

—No, gracias, no bebo, dijo Jack.

El otro se echó á reir.

—Ya beberás, dijo.

—¡Nunca!... dijo Jack; é irguiéndose por un esfuerzo de su voluntad, más bien que por el de todos sus músculos, cargó el terrible cesto sobre su espalda y lo subió valientemente.

La cubierta presentaba un golpe de vista animado y pintoresco. El barquito que traía á los viajeros acababa de llegar, colocándose al lado del gran "steamer." De allí subía una ola de pasajeros, presurosos, aton-

tados, que ofrecían curiosa diversidad de trajes y de lenguas: todos los países del mundo dándose cita sobre ese medio mixto, internacional, que se llama la cubierta de un buque. Toda aquella gente corría, se instalaba. Los había alegres; otros lloraban, emocionados aún por la despedida; pero en todas las frentes se leía una esperanza ó un temor, pues los viajes son casi siempre el resultado de una perturbación, de algún cambio en nuestra existencia, y esas travesías de un continente á otro, son por lo general el último estremecimiento de una gran sacudida. Así es que los lutos se rozan con la ventura sobre las cubiertas de los paquebots, y unen su melancolía á la fiebre del viaje.

Notábase en todas partes esa fiebre especial, en la marea que subía con estrépito, en las sacudidas del buque levando anclas, en la agitación de las barquillas que lo rodeaban. Animaba allí en el muelle una muchedumbre agitada y curiosa, venida para saludar á los viajeros, siguiendo de lejos alguna silueta querida, y formando sobre el reducido trecho una línea negra que cortaba el horizonte azul. Aquella fiebre enardecía el afán de las barcas de pesca ganando la alta mar á toda vela, exponiéndose á los azares de toda una noche de combate; y los grandes "steamers" que volvían la notaban en la dejadez de su velamen, como un sentimiento por los hermosos países recorridos.

Mientras acababa el embarque, cuando la campana de proa apresuraba á la gente, Jack, después de vaciar su cesto de desperdicios, había permanecido apoyado mirando á los pasajeros; los de los camarotes, bien vestidos y denotando riqueza, y los de la cubierta, sentados ya sobre su pobre equipo... ¿A dónde iban? ¿Qué

quimera les arrastraba? ¿Qué realidad cruel y fría le esperaba á su llegada?... Una pareja, sobre todo, le interesaba: una madre y su hijo, que le recordaban la imagen de Ida y del pequeño Jack cuando iban asidos de la mano. La mujer, joven, de negro, envuelta en un manto mexicano á grandes rayas, con ese ademán independiente que las mujeres de militares y de marinos toman durante las frecuentes ausencias del marido. El niño, vestido á la inglesa, recordaba al lindo hijo de lord Peambeck.

Cuando pasaron junto á Jack, ambos se apartaron, y la dama alzóse el largo vestido de seda para no rozarse con las mangas del fogonero, negras de carbón. Fué un movimiento casi imperceptible; pero él lo comprendió, y parecióle de repente que su pasado, aquel grato pasado en dos personas y que él invocaba en los días tristes, acababa de renegar de él, alejándose para siempre.

Una palabrota marsellesa, acompañada del rudo puñetazo entre los dos hombros, interrumpió su triste ensueño:

—¡Maldito perro de "Ponantés," fogonero del demonio!... ¡Ya estás bajando á tú puesto!...

Era el "Mocó," que hacía su visita, y Jack bajó sin decir una palabra, avergonzado por aquella humillación delante de la gente.

Al poner el pie sobre la escalera que conducía al departamento de las calderas, una ruda sacudida conmovió al buque; el vapor, que mugía desde por la mañana, regularizó su ruido y la hélice se puso en movimiento.

Partían.

Abajo, aquello era un infierno.

Atascados hasta la boca, desprendiendo con resplandores rojos un calor que se palpaba, devoraban los hornos paladas de carbón, renovadas sin cesar por los fogoneros, cuyas cabezas hacían muecas, tumefactas, apopléticas, bajo la acción de aquellos terribles fuegos. El bramido del Océano parecía ser el rugido de la llama; el ruido de la ola, confundido con un chisporroteo de chispas, daba la ilusión de un incendio inextinguible, renaciendo á pesar de los continuos esfuerzos que se hacían para apagarlo.

—¡Ponte ahí!... dijo el fogonero jefe.

Fué Jack á ponerse delante de una de aquellas bocas ardiendo que giraban en torno suyo ensanchadas y multiplicadas por el primer aturdimiento del vaivén del barco. Era preciso activar aquella hoguera, removerla, darle aliento, descargarla sin cesar. Lo que hacía más terrible aquel trabajo era que, como no tenía costumbre del mar, las trepidaciones violentas de la hélice, las sorpresas del balance le hacían temblar, echándole á cada momento sobre la llama. Tenía que agarrarse para no caer, y al mismo tiempo soltar en seguida los objetos incandescentes á los que trataba de asirse.

Sin embargo, trabajaba con todo su ánimo; pero al cabo de una hora de aquel suplicio de fuego sintióse sordo, ciego, sin aliento, ahogado por la sangre que le subía... Hizo lo que veía hacer á los demás, y, choreando agua, abalanzóse bajo la "manga de aire", largo tubo de tela por donde cae el aire exterior, precipitándose á torrentes desde lo alto del puente. ¡Ah, qué agradable era aquello! Casi en seguida una capa de hielo cayó sobre sus hombros. Aquella corriente de aire mortal detuvo su aliento y su vida.

—¡El frasco! gritó él con voz ronca al fogonero que se lo había ofrecido antes.

—Aquí está, compañero. ¡Bien sabía yo que beberías!

Jack tragó gran cantidad de alcohol; era un alcohol casi puro; pero tal era el frío del infeliz, que le pareció aquello tan insípido como agua clara.

Cuando hubo bebido, notó un gran bienestar de calor interior comunicado á todos sus nervios, á todos sus músculos, y que luego se convirtió en quemazón en el hueco del estómago. Entonces, para apagar aquel fuego que le abrazaba recomenzó á beber. Fuego por dentro y fuego por fuera, llama sobre llama, alcohol sobre carbón: así era como iba á vivir desde allí en adelante.

Principiaba un horroroso ensueño de embriaguez y de tortura que iba á durar tres años, tres lúgubres años con días uniformes, sin distinguir los meses; siempre en la misma estación de canícula constante y ardiente del departamento de calderas.

Atravesó zonas desconocidas, cuyos nombres eran claros, musicales, que refrescaban el ánimo; nombres españoles, italianos ó franceses, pero ese francés infantil de las colonias; pero Jack no vió en aquellas mágicas comarcas ni los cielos de zafiro, ni las islas verdes ostentándose en fecundos ramilletes sobre las olas fosforescentes. El mar bramaba para él con su misma furia, y el fuego era tan terrible como abrasador.

Y cuanto más hermosas eran las comarcas, más horrible le parecía el departamento de las calderas.

Detúvose en puertos pintorescos, rodeados de bosques

de palmeras, de plátanos con verde penacho, de cerros color de violeta, de casetas blancas sostenidas por bambúes; pero para él todo tenía color de hulla.

Después que con los pies descalzos sobre los muelles abrasados por el sol, cubiertos de brea derretida ó de jugo negro de las cañas de azúcar, había vaciado Jack sus cestos de desechos, machacado carbón ó trasbordado hulla, dormíase á lo largo de los ribazos, ó iba á encerrarse en algún tugurio; ribazos y tugurios que le recordaban los Nantes, espantosos festigos de su primera borrachera.

Allí encontraba otros fogoneros ingleses, malayos, rubios, bestias feroces, máquinas de atizar hornos; y como nada tenían que decirse, bebían. Por de pronto, al ser fogonero hay que beber. La bebida sostiene.

¡Y Jack bebía!

En aquella noche de abismo, sólo un punto luminoso: su madre.

Permanecía en el fondo de su vida lúgubre como una Madona en el fondo de una capilla cuyos cirios hubieran sido apagados. Ahora que se hacía hombre, muchos lados misteriosos de su martirio se iban llenando de luz. Su respeto por Carlota tornábase en tierna piedad, y principiaba á quererla como se quiere á aquellos por quienes se sufre ó por quienes se espía. Aun en sus más grandes desórdenes, no olvidaba el fin que se había propuesto al entrar de fogonero, y un instinto maquinal le hacía conservar su paga de marinero. La lucidez que le dejaba el alcohol acudía á este pensamiento: que trabajaba para su madre.

Mientras tanto, aumentaba la distancia entre ellos,

parte por las leguas recorridas y parte por esa indiferencia del tiempo, que se apodera de los desterrados y de los que sufren. Las cartas de Jack escaseaban cada vez más, como si cada vez las mandara desde más lejos. Las de Carlota, numerosas y llenas de charla, le esperaban en las escalas; pero le hablaban de cosas tan extrañas á su nueva situación, que sólo las leía por oír su música, eco lejano de ternura siempre viva en su corazón. Cartas de Etiolles le contaban los episodios ordinarios de la vida de D'Argenton.

Más tarde, otras fechadas desde París, anunciaron un cambio en la existencia de ambos, una nueva instalación en el muelle de los Agustinos, junto al Instituto. "Estamos en pleno centro intelectual, decía Carlota. El señor D'Argenton, cediendo á las instancias de sus amigos se ha decidido á volver á París y fundar una Revista filosófica y literaria. Será este un medio de dar á conocer sus obras y ganar mucho dinero. ¡Pero cuánto trabajo cuesta eso! ¡Cuántas caminatas á casa de los autores, de los editores! Hemos recibido un trabajo muy interesante del señor Moronval. También yo ayudo á nuestro amigo. En este momento acabo de copiar "La Hija de Fausto." ¡Qué feliz eres al vivir lejos de estas preocupaciones! ¿Sabes?... Al señor D'Argenton lo ponen malo... Ya debes de estar muy crecido, Jack mío envíame tu retrato.

Algún tiempo después, pasando por la Habana, halló Jack un voluminoso paquete que llevaba sus señas: "Jack de Barancy fogonero á bordo del Cydnus."

Era el primer número de

LA REVISTA DE LAS RAZAS FUTURAS

VIZCONDE A. D'ARGENTON, REDACTOR JEFE.

Lo que somos, lo que seremos..	La Redacción.
«La Hija de Fausto»(prólogo)..	Vizconde A. D'Argenton.
De la educación en las colonias.	Evaristo Moronval.
El obrero del porvenir.....	Labassindre.
Medicación por los perfumes....	Doctor Hirsch.
Pregunta indiscreta al director de la Opera.....	L....

El fogonero hojeó maquinalmente aquella colección de insulsece, manchada con sus manos, cubierta de negro á medida que iba leyendo. Y de repente, viendo allí reunidos los nombres de sus verdugos, ostentándose sobre aquella cubierta satinada y de color suave, cierto orgullo despertóse en él. Tuvo un minuto de indignación y de rabia, y desde el fondo de su ser les gritaba, blandiendo los puños como si hubiesen podido verle y oírle: "¡Ah, miserables, miserables! ¿Qué es lo que habéis hecho de mí?" Pero aquello no fué sino un relámpago. El departamento de las calderas y el alcohol dominaron pronto aquel movimiento de revuelta, y la inercia en que aquel desgraciado se hundía cada día más, lo cubrió pronto de sus capas grises, que recuerdan la arena amontonada sobre caravanas detenidas, y cuyos viajeros, los guías y los caballos, permanecen sepultados con todas las apariencias de vida.

¡Cosa extraña! A medida que se apagaba su cerebro, que perdía su voluntad todos sus resortes, su cuerpo, excitado, sostenido, alimentado por persistente reconfortante, parecía vigorizarse más. Su andar era tan firme, tan igual su fuerza en el trabajo cuando estaba borracho como en estado normal; de tal suerte se había acostumbrado al veneno; su misma cara, pálida,

convulsiva, permanecía impenetrable, rígida por el esfuerzo del hombre que manda sobre su embriaguez, condenándola al silencio. Puntual, endurecido, con la misma indiferencia soportaba las largas y uniformes jornadas de la travesía y las horas de tormenta, esas batallas contra el mar, tan lúgubre en el cuarto de calderas, las invasiones del agua, los momentos de excesivo trabajo, el carbón ardiendo y rodando por la cala... Para él aquellos terribles momentos se confundían con los ensueños habituales de sus noches: visiones, delirio, pesadillas llenas de sobresalto y de angustia que agita el sueño de los alcoholizados.

¿No sucedió durante uno de aquellos ensueños la terrible sacudida que conmovió á todo el "Cydnus," una noche mientras dormía el pobre fogonero? Aquel golpe seco y directo en los flancos del "steamer," aquel ruido espantoso, seguido de crujidos, de roturas; aquel ruido de agua interior, aquellos montes líquidos cayendo en cataratas, desapareciendo en riachuelos; los pasos precipitados, los timbres eléctricos que se contestaban unos á otros, el susto, los gritos, y por encima de todo aquello la lúgubre parada de la hélice, dejando al navío abandonado á las silenciosas sacudidas del balance, ¿no era un sueño todo aquello?... Sus compañeros le llaman, le sacuden: "¡Jack!... ¡Jack!..." Se abalanza, medio desnudo. El cuarto de las máquinas tiene ya dos pies de agua. La brújula está rota, las lámparas apagadas, las esferas tiradas. Se hablan unos á otros, se buscan en la oscuridad, en medio del lodo: "¿Qué hay? ¿Qué sucede?"

—Un americano que se ha echado sobre nosotros... Nos vamos á pique... ¡Sálvese quien pueda!

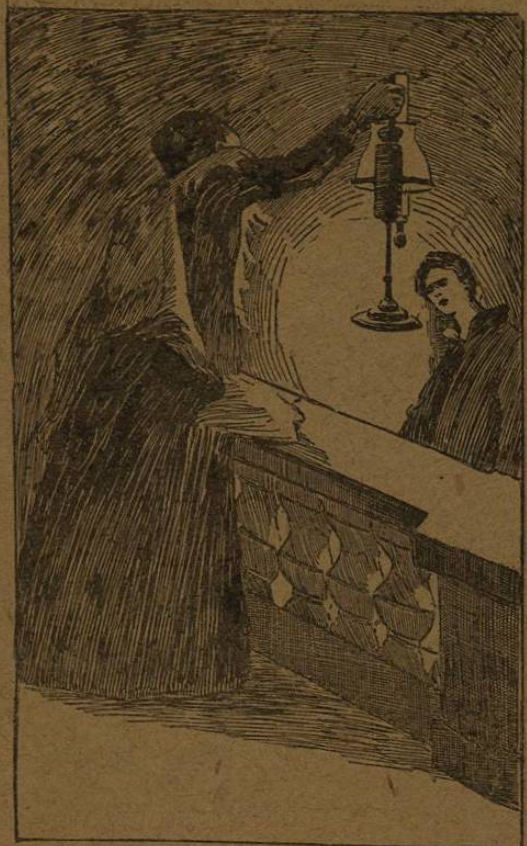
Pero en lo alto de la estrecha escalera hacia la que se precipitan fogoneros y maquinistas, aparece el "Mocó" en pie, con un revólver en la mano:

—Al primero que asome por aquí, le salto la tapa de los sesos. ¡A las calderas, Dios de Dios, y duro! No está lejos la tierra. Podemos aún llegar.

Cada uno vuelve á su puesto y activa el trabajo con la furia de la desesperación. En el departamento de las calderas el cuadro es horrible. Los hornos atascados hasta la boca, echan un humo de carbón mojado que ciega; amarillo, infecto, asfixiante, que ahoga á los trabajadores, mientras sigue subiendo el agua, á pesar de las bombas, y hiela todos sus miembros. ¡Oh, qué felices son los que van á morir allí arriba, al aire libre! Aquí es la muerte negra, entre dos grandes paredes de hierro, una muerte que se parece á un suicidio: de tal suerte las fuerzas, paralizadas, tienen que abandonarse ante ella.

Ya se acabó, ya no funcionan las bombas. Están apagados los hornos. A los fogoneros les llega el agua á los hombros, y esta vez el mismo "Mocó" es quien ha gritado con voz de trueno:

—¡Sálvese quien pueda, niños!...



Una gran sombra sube, se arrastra, apoyándose en la pared.



IX

El regreso.

En el muelle de los Agustinos, malecón estrecho, tranquilo, limitado de un lado por librerías, y del otro por los puestos de los libreros de lance; en una de esas antiguas casas del último siglo, cerrada con pesadas puertas de medio arco, hallábase instalada la "Revista de las Razas futuras." No se escogió para ella al azar aquel barrio retirado. En París, los periodistas y las publicaciones se fundan, en general, en el barrio que más les conviene. En el centro, junto á los grandes boulevares, las hojas mundanas ostentan sus cubiertas abigarradas, cual telas nuevas. En el barrio la-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
ALFONSO...
AÑO 1925